TUAN, Yi-Fu (2005).
Cosmos y hogar: Un punto de vista cosmopolita.
Barcelona: Melusina, 236 p.
Traducció d'Ana Duque de Vega.
ISBN: 84-9333273-9-5

Me permitirán que empiece esta reseña con una exclamación: ¡estamos de suerte! Si Joan Nogué (2005) se quejaba de las escasas traducciones al castellano de textos de Yi-Fu Tuan, la editorial Melusina nos ha *regalado* la traducción de dos de los últimos trabajos de este geógrafo: primero apareció en el año 2004 *¿Quién soy yo?: Una autobiografía de la emoción, la mente y el espíritu*, y en abril de 2005 *Cosmos y hogar: Un punto de vista cosmopolita*. De este último libro, se hará la reseña.

Yi-Fu Tuan es uno de los principales geógrafos del siglo XX; sus obras han supuesto la apertura de nuevas maneras de analizar uno de los ejes centrales de la geografía, a saber, la relación entre la sociedad y el medio, utilizando de manera novedosa conceptos como *persona* y *lugar*. Pero, además de geógrafo, Tuan es un humanista de amplia mirada, y por esta razón sus trabajos son difíciles de clasificar: Zelinsky (2006), en una breve nota escribe que hay muchos trabajos que se publican en revistas de geografía, pero, a pesar de que son excelentes e interesantes, no son geografía, citando explícitamente uno de Yi-Fu Tuan (1989), al que clasifica de filosofía. Esto explica que José Enrique Ruiz-Domènec (2000) incluya a Yi-Fu Tuan en una selección de ventiún *historiadores* a los que considera «el auténtico *humus* de la historia del siglo XXI». Así mismo, en las principales librerías de Barcelona, Yi-Fu Tuan nunca está en la sección de geografía (cuando la hay) si no en las de historia, antropología o filosofía.

Cosmos y hogar tiene cuatro capítulos («Dos escalas y una autobiografía», «China», «Estados Unidos» y «Un punto de vista cosmopolita») en los que se desarrolla la dicotomía entre cosmos y hogar. El primer capítulo trata de mostrar las dos escalas de análisis que utilizará a lo largo del libro: hogar y cosmos. Y, para hacerlo, Yi-Fu Tuan empieza y termina este libro utilizando a Topo, un personaje fundamental de una de las obras más importantes de la literatura infantil (y no tan infantil): *El viento en los sauces*, de Kenneth Grahame (1908). Alberto Manguel (2004, p. 130) dice de este libro que «trata sobre el hogar, de principio a fin», y seguramente por esta razón, Yi-Fu Tuan define qué es el hogar utilizando a Topo: «que agradable es volver a casa» (Tuan, 2005, p. 11); y define qué es el cosmos —«sociedad, civilización y mundo» (p. 25)— para una persona cosmopolita: «tras haber tenido la oportunidad de ver parte de la plenitud del espacio, no deseará regresar —al igual que Topo—, por lo menos permanentemente, a la ambigua seguridad del hogar» (p. 216). Para empezar a contextualizar la dicotomía entre hogar y cosmos, Yi-Fu Tuan realiza un esbozo de autobiografía (que desarrollará posteriormente en Tuan, 2004).

Los capítulos sobre China y Estados Unidos son una geografía histórica y cultural de ambas sociedades complejas. En el ejemplo de China, muestra el cosmos como un conflicto entre heterogeneidad y plenitud (Tuan, 2005, p. 41): el cosmos chino «es producto de una sociedad que cree en una organización ordenada —burocrática— y en procedimientos metódicos» pero «el orden formal —la jerarquía establecida— se ve amenazado por la heterogeneidad y ésta, a su vez, por todos los medios coercitivos legales a disposición del orden establecido» (p. 31 y

43, respectivamente). El hogar chino es una «intimidad a pequeña escala, la afectuosidad en el ámbito familiar y la lealtad hacia el lugar de nacimiento» (p. 86).

Entre las páginas 59 y 66, Yi-Fu Tuan muestra esta relación conflictiva entre el cosmos y el hogar en el piedemonte tibetano de la década de 1930, donde coinciden tibetanos, chinos Han y chinos musulmanes. Mientras que, entre los dos primeros grupos, las relaciones son de una cierta indiferencia aprovechando algunas técnicas de los otros para la mejora de la vida cotidiana, las relaciones entre los chinos musulmanes y los chinos Han es conflictiva por la religión, ya que, por ejemplo, el calendario, la comida o las creencias sobre la muerte difieren en demasía. Puede suceder que coincidan en el tiempo la fiesta de año nuevo Han —explosión de alegría extrovertida— con el Ramadán musulmán —período de vida introspectiva—; el cerdo es un animal indispensable para la alimentación de los Han, mientras que es un animal impuro para los musulmanes; los Han hacen un rito especial con los entierros y los cadáveres, mientras que los chinos musulmanes muestran poco respeto por el cadáver.

Quizás la pregunta que marca este segundo capítulo es qué significa ser chino. En la página 80 y siguientes, Yi-Fu Tuan hace una interesante reflexión sobre qué significa ser, identificarse, sentirse de una etnia, un grupo, un colectivo, y sobre el hecho de no querer perder la esencia de ser, identificarse, sentirse de ese colectivo. Así, «la pregunta con la que invariablemente se inicia una conversación con un extraño es ¿cuál es tu lugar de origen?», ya que este lugar «revela la identidad de una persona y constituye el origen de su más profunda percepción del yo» (p. 49).

El tercer capítulo, «Estados Unidos», parte de la idea que la sociedad de Estados Unidos, desde su visión etnocéntrica del mundo segura de «su propia superioridad», entra en crisis por el proceso de la «modernización global» y por la «especificidad cultural» de multitud de etnias, grupos y colectivos (p. 89-90). Para mostrar la dicotomía entre hogar y cosmos en Estados Unidos, Yi-Fu Tuan utiliza el ejemplo del Oeste americano, la idea de progreso y el conflicto entre el todo armónico y la diversidad.

«El Oeste es el enfrentamiento con los indios, los cuatreros y otros malvados en medio de un pasaje desolado de amplios horizontes» (p. 91). Justamente porque la sociedad estadounidense se considera el centro del mundo, el Oeste es «objetivo de un vasto proceso histórico» que Yi-Fu Tuan enlaza con la Grecia antigua y las columnas de Hércules, con el desierto del Egipto faraónico (al oeste del Nilo) que «garantiza la inmortalidad de los faraones», con el Sol de Cristo —que va de Este a Oeste— de autores ingleses del siglo XVII (p. 93 y s.). Pero el viaje al Oeste supone dejar el hogar y enfrentarse a la naturaleza: a pesar de que la naturaleza fue para los primeros colonos una «fuente de desconcierto y temor», «en la naturaleza [...] los amanerados se curtían y los pobres se enriquecían, aprovechando las ventajas de este paraíso aún sin explotar. Estados Unidos es el país de la libertad. Con cuánta frecuencia hemos escuchado esta afirmación en boca de políticos y panfletistas» (p. 95-96).

Según Yi-Fu Tuan, el progreso tiene, en Estados Unidos, tres vertientes. La primera es el progreso geográfico que supone llevar la religión verdadera hacia el Oeste. La segunda es la visión de los inmigrantes: «llegaron a este país con la esperanza de mejorar sus vidas, lo cual ha sucedido en la mayoría de casos» (p. 99). La tercera es la colonización y explotación de la (supuesta) naturaleza y de los indígenas, tan salvajes como el medio ambiente, y que los colonos debían domesticar. La crítica a esta visión del progreso la señala por la incapacidad de reducir las desigualdades, especialmente la eco-

nómica, y por los daños irreparables causados al medio ambiente (p. 101).

La diferencia entre el todo armónico y la diversidad en Estados Unidos tiene un tratamiento similar al que sugiere para China, al contraponer heterogeneidad y quietud. En Estados Unidos, el todo armónico viene dado por el paisaje construido a partir del diseño en cuadrícula de propiedades agrarias, límites administrativos, pueblos y ciudades. Este sistema «facilitaba la venta de la propiedad», «contribuyó eficazmente a un proceso de asentamiento eficiente» y «es más fácil orientarse», a pesar de que creaba un paisaje monótono y rutinario que describía «un estilo de vida norteamericano» (p. 105). Este estilo de vida es el hogar: es «emplear los mismos utensilios domésticos, vivir en el mismo tipo de casas, comprar en los mismos almacenes o supermercados, comer la misma comida empaquetada de la misma marca, ser aficionados a los mismos deportes y fans de los mismos programas televisivos» (p. 107).

La diversidad en Estados Unidos tiene un doble origen: la esclavitud y los diversos orígenes de los colonos e inmigrantes posteriores. Más tarde se han añadido nuevos grupos: aborígenes, mujeres… Las desigualdades causadas por el lugar de origen de las personas muestran una diversidad conflictiva en Estados Unidos, en la que el estigma de ser negro, o irlandés, o italiano, o chino, o hispano muestra la dificultad de la vida cotidiana de las personas en Estados Unidos (p. 122-136). Pero el sueño americano, el sueño de *ser americano*, es posible, porque, teóricamente, se puede «elegir la clase de persona que se quiere ser, la clase de identidad que uno desea para sí mismo», ya que esta posibilidad «es una forma de poder en una sociedad libre y democrática»; pero para que esto sea posible, «debe descansar sobre una base de abundancia material, que resulta posible gracias a la ciencia […] y a la tecnología» (p. 139). Esto remite de nuevo a la explotación de la naturaleza, y a la aparición de grupos ecologistas y críticos que defienden la diversidad frente a la homogeneidad, que defienden los derechos civiles (p. 147). Y así termina el tercer capítulo: «todas las culturas son anteojeras imperfectas y, al mismo tiempo, fuentes de inspiración única; que son merecedoras de afecto más que de nuestra idolatría; que son nuestro primer hogar y no el último» (p. 153).

Y el último capítulo, «Un punto de vista cosmopolita», tal como escribe Ruiz-Domènec (2000, p. 309), «es un grandioso homenaje al esfuerzo intelectual de nuestro siglo por encontrar un camino a la concordia universal». Al principio, resume la dicotomía del cosmos y del hogar en China y Estados Unidos, para centrarse en la defensa de una visión y una actitud cosmopolita, a partir de la cultura, la comunidad, la civilización y las relaciones humanas.

La cultura «establece límites» (Tuan, 2005, p. 164), porque es «la forma rutinaria de actuar en una circunstancia dada»; pero, desde un punto de vista cosmopolita, la forma rutinaria, la costumbre, «es una convención colectiva y que, por lo tanto, es variable» (p. 166). «Y el desagrado [entre culturas] persistirá a menos que los pueblos sean capaces de comprender que sus costumbres, a pesar de su carácter primigenio y de contar con la aprobación ultrahumana, son una convención colectiva» (p. 167).

La comunidad «se caracteriza por las tribulaciones, los grandes esfuerzos y el trabajo penoso», sea una comunidad tradicional como la vida en un pueblo, sean las redes cooperativas donde conviven los cosmopolitas actuales (p. 168-9). La base de la vida de cualquier comunidad es la reciprocidad, a pesar de la violencia que puede haber en las relaciones internas (p. 171).

Si la cultura puede entenderse como «el medio a través del cual un pueblo obtiene el control del medio natural circundante» (p. 172), este control conlleva

la creación de un mundo *artificial* (en contraposición a *natural*), lo que Yi-Fu Tuan identifica con civilización: y «la civilización es prácticamente sinónimo de ciudad […]. La ciudad es la imagen más poderosa del cosmos, y como tal se encuentra en el polo opuesto de la naturaleza terrestre» (p. 174). Y aquí, Yi-Fu Tuan juega con otra idea preciosa: la conquista de la oscuridad por parte de las ciudades cosmopolitas (gracias al gas y a la electricidad) como muestra de la civilización más antinatural; así mismo, «la palabra iluminación es positiva» y atacarla «conduce al caos y a la noche» (p. 178).

Finalmente, las relaciones humanas: Yi-Fu Tuan reclama que más que la intensidad de las relaciones, se valore la calidad. Así, en las sociedades cosmopolitas, las relaciones eróticas, las relaciones entre padres e hijos (la familia), el cuidado de los demás, la generosidad, tienen como «inspiración un mundo justo» y permiten valorar *nuestra* cultura y paisaje con inteligencia (p. 207 y 210). Y la inteligencia es lo que permite crear nuestro hogar cosmopolita, a partir del «conocimiento de otros lugares distintos del que consideramos como propio», es decir, el conocimiento geográfico del mundo (p. 210).

Para terminar la reseña de *Cosmos y hogar*, utilizo unas palabras de Yi-Fu Tuan (2005, p. 17): «para alcanzar una frontera geográfica sólo es necesario contar con un par de piernas fuertes; para alcanzar una frontera intelectual, se requiere una mente entrenada», y esta mente es la que nos ofrece Yi-Fu Tuan en este apasionante libro de *Cosmos y hogar*.

Bibliografía

GRAHAME, Kenneth (1908) (ed. or.). *El viento en los sauces*. Madrid: Alianza Editorial.

MANGUEL, Alberto (2004). *Diario de lecturas*. Madrid: Alianza Editorial.

NOGUÉ, Joan (2005). «Tuan, Yi-Fu. *Escapismo. Formas de evasión en el mundo actual*». *Documents d'Anàlisi Geogràfica* [Bellaterra], núm. 45, p. 169-171.

RUIZ-DOMÈNEC, José-Enrique (2000). *Rostros de la historia. Ventiún historiadores para el siglo XXI*. Barcelona: Península (Atalaya, 45) [especialmente «Yi-Fu Tuan: la Tierra y el espíritu humano», p. 299-311].

TUAN, Yi-Fu (1989). «Surface Phenomena and Aesthetic Experience». *Annals of the Association of American Geographers* [Washington], vol. 79, núm. 2, p. 233-241.

TUAN, Yi-Fu (2004). *¿Quién soy yo?: Una autobiografía de la emoción, la mente y el espíritu*. Barcelona: Melusina.

ZELINSKY, Wilbur (2006). «How Geographic Are Our Geographical Journals?». *AAG Newsletter* [Washington], vol. 41, núm. 3, p. 14.

Enric Mendizàbal
Universitat Autònoma de Barcelona
Departament de Geografia
Enric.mendizabal@uab.es